

MICA Y LOS FANTASMAS DE PIRIÁPOLIS

SEBASTIÁN PEDROZO

loqueleg

A Bruna, que me amigó con los fantasmas

¡Todos seremos fantasmas un día!
Los médiums

MURMUR



Daniel, el padre de Mica, vio al pájaro negro a través de la ventana. Apareció suspendido en el aire entre las lomas que rodeaban el campo.

Padre e hija eran médiums. Tenían la capacidad de ver fantasmas. Apariciones y seres de la noche de todo tipo. Estaban acostumbrados a visitas peculiares.

El padre estaba a punto de sentarse al piano, cuando se sorprendió al ver aquella imagen que parecía sacada de un cuadro. Retrocedió y fijó la vista en el punto lejano que creció rápidamente.

12

–Ahí viene Murmur –susurró.

La fantástica ave negra, similar a un buitre, llevaba algo en el pico. El objeto brillaba bajo el sol como una piedra preciosa. Daniel abrió la puerta de la cocina y salió al exterior. Era una mañana helada de invierno. Entonces, el pájaro, un segundo antes de pasar por encima del techo, abrió el pico y dejó caer el objeto.

Era un caracol de mar.

Daniel miró al cielo.

El pájaro se había ido hacia el este.

–Buen viaje, amigo –saludó Daniel y levantó al caracol bien alto. Pesaba mucho. Era del tamaño de su puño.

Mica leía en su habitación. Oyó el saludo de su padre y la puerta del fondo al cerrarse. Tenía que ir a ver.

Salió de su cuarto y entró a la cocina. Dejó el lápiz sobre la mesa y se acercó a su padre. Daniel miraba con los brazos en jarra un gran caracol color crema que estaba sobre la mesa.

–¿Es uno de esos mensajes? –preguntó tímidamente Mica.

Daniel asintió, fue hasta la pileta y llenó de agua la jarra eléctrica. La encendió. Mica fue tras él.

–Es uno de esos, sí –musitó el hombre.

Mica sabía que los mensajes que caían del cielo eran siempre importantes.

–¿Qué decía? –preguntó.

Daniel abrió un armario pequeño que colgaba frente a sus ojos, sacó una caja con té. Retiró uno y lo colocó en una taza.

–No quiero que te emociones. Puede que no sea él. Ya ha habido falsas alarmas. Era un mensaje de Mario, las voces están inquietas en Piriápolis, dice. Los fantasmas tienen miedo. Alguien se los está devorando.

–¿Devorando?

–Sí, uno a uno –dijo Daniel–. Ya se ha comido a los más débiles. A los inofensivos.

–¿Puedo escucharlo? –pidió la niña.

El padre le acercó el caracol. Mica se lo llevó a la oreja. Entonces, una voz se arremolinó en su oído como un fluido invisible.

“Los busca y los devora. Se está volviendo cada vez más potente. Es cuestión de tiempo. ¡Es él! Lo han visto otros como yo. ¡Es el Timor!”

Mica sintió que los ojos le ardían. Sabía que solo el Timor era capaz de devorar a los demás fantasmas. Porque él era más poderoso que el resto de los

fantasmas, él era otra cosa, un ser maligno, oscuro y peligroso.

También era lo más buscado por aquella familia.

El Timor, una noche de verano, se había llevado a Paula, la madre de la niña. La mujer también había sido una médium.

El dolor de la pérdida era algo con lo que tenían que convivir a diario. La duda acerca de qué había ocurrido con ella siempre estaba en el aire.

14 Entonces, si daban con el Timor, sabrían qué había sucedido con Paula.

Además, esto estaba pasando en Piriápolis, pensó Mica, la ciudad donde había vivido su padre de niño y que ella aún no conocía.

No quería llorar. Pero la emoción se le estancó en el pecho. Tragó saliva. Respiró hondo. Era un buen truco para calmarse. Le daba resultado siempre.

–¡Deberíamos irnos ya! ¡Estamos perdiendo el tiempo! –exclamó.

Bueno, casi siempre.

–Tranquila. Tenés que conservar la calma. Es importante, hija. Yo no puedo ser siempre el que te diga que se necesita calma, porque...

–No empieces con eso de que un día no vas a estar, por favor –interrumpió la niña.

Daniel carraspeó de nuevo. Sentía su garganta demasiado seca; como si estuviese llena de partículas de polvo. Ahora estaba muy nervioso.

PIRIÁPOLIS
ERA UNA
CIUDAD
INQUIETANTE

–No me la compliques, Mica.

Ella odiaba esa frase. Le parecía violenta y fría. La alejaba a kilómetros de distancia de su padre.

¡Yo no complico a nadie!

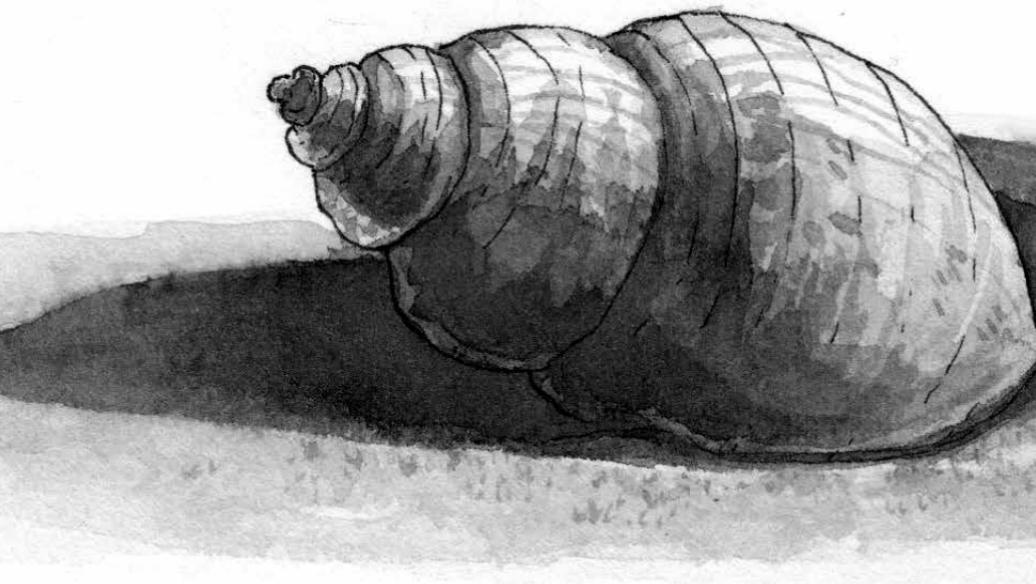
La niña cerró los ojos. Ahí estaba el enojo: podía controlarlo.

Padre e hija se quedaron en silencio unos instantes.

El Timor en Piriápolis. Así es.

16 Una criatura venida de zonas oscuras, fantasmal, pero, a la vez, con una fuerza brutal. Un monstruo salvaje, tan voraz que nadie era capaz de imaginar un límite para su poder.

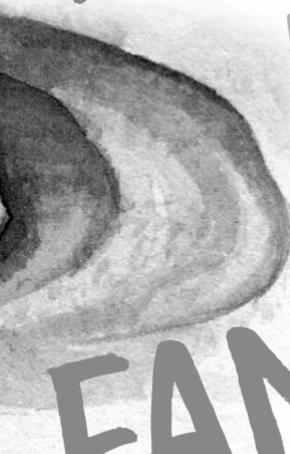
Vaya ciudad para recibir al peor de los seres. Tenía edificios increíbles; algunos con secretos indescifrables. Un fundador misterioso y lleno de carisma.



Alquimista y empresario poderoso. Un visionario. Piriápolis era una ciudad inquietante.

¿Estaría allí el Timor de verdad? ¿Encontrarían a Paula, desaparecida durante tantos años? Era imposible saberlo.

Ahora, había una cuestión irrefutable. Una verdad absoluta: Piriápolis estaba llena de fantasmas.



**PIRIÁPOLIS
ESTABA
LLENA DE
FANTASMAS**

MIEDOS Y ANIMALES FANTASMAS

18



Mica repasó el entrenamiento. Salto. Golpe. Muy cerca tenía los viejos cómics sobre *cowboys* que la habían ayudado a perfeccionar su técnica.

Defensa y luego: ataque. ¡Pum! Para ello, contaba con un arma única. Que crecía en las paredes interiores del aljibe hasta salir a la superficie y bajar por la cara exterior. Esas cuerdas de color musgo, como tentáculos salidos del centro de la tierra, tenían un poder mágico sorprendente: eran imprescindibles para exterminar a los fantasmas peligrosos.

19

Sin el lazo no había chances de inmovilizarlos y eliminarlos. Cuando se atrapaba a un fantasma, solo hacía falta apretar. El fantasma se dividía en dos y luego desaparecía como una niebla fugaz. Así de simple...

Tenía el lazo verde en sus manos. Apuntó a la silla que estaba al otro extremo del enorme cuarto y bum. Lo logró. La silla cayó al suelo. Un ataque perfecto. Ojalá, pensó, fuese tan eficaz con objetivos en movimiento. Seguía mejorando su puntería. No era como su padre, pero un día lo lograría.

Aprender a controlar la respiración. Eso era fundamental para Mica.



Bueno, lo de la respiración lo había agregado Mica al protocolo de entrenamiento. Porque debía hacer algo con el miedo/enojo cuando aparecía. Eso la había complicado varias veces. El enojo no era buen consejo para un médium sin experiencia.

Estar serena durante la práctica la ayudaba a no pensar todo el tiempo en que su vida era demasiado extraña. Y que quería ser una niña normal. Ir a una escuela *de verdad*. Tener amigos aburridos y de carne y hueso. Con montones de defectos. Que fuesen fanáticos de infames cantantes de K-POP, jugar a la pelota. Nunca había aprendido a jugar bien a la pelota. Pero soñaba con meter goles. Como los que veía en las teles de los bares en el pueblo.

Allí estaba haciendo sus flexiones. Colgándose el lazo verde en el hombro, estirándolo rápidamente. Practicando técnicas defensivas.

Entonces, escuchó un maullido que la desconcentró.

Era Tobemory, su gato, que se movía al otro lado de la ventana del cuarto. Afuera hacía mucho frío. El gato atravesó el vidrio como si se tratara de una delgada capa de agua. Los animales fantasmas sólo son capaces de atravesar esas superficies. El mundo fantasmal está lleno de estas reglas. Es algo útil para un animal fantasma. No logran pasar a través de cemento o madera, una lástima. Curiosidades del mundo sobrenatural.

Toby era un gato fantasma. Casi transparente. Lo único claramente visible era su pequeño corazón

inmóvil bajo el fino cuello. Vaya criatura. No necesitaba ser alimentado. Jamás dormía. Era un buen compañero y un guerrero valiente. Las uñas más afiladas del mundo. Un aliado importante en las batallas libradas contra los fantasmas más molestos. Soldado de infantería.

La mayoría de los fantasmas temen a los gatos muertos que caminan.

El felino deambuló por el cuarto como si esa noche entrara por primera vez. Siempre hacía lo mismo. Era bastante desconfiado. Luego apoyó su cabeza en la pantorrilla de Mica y ronroneó.

–Hola, amigo. ¿Listo para mañana? –preguntó ella.

El gato ronroneó aún más fuerte y se echó debajo de la estantería de los libros.

–Sí, yo también... no puedo esperar para enfrentarme a esa bestia horripilante que se llevó a mi madre.

